

LIBRO CUARTO.

ARGUMENTO.

Júntanse los marsos para nombrar un general. Discordia que se mueve entre ellos. Se determina que aquel de los aspirantes que rompa un álamo será elegido. Sale vencedor Leonte, y este joven cede el mando ó un anciano. Marcha el ejército y avista á los romanos. Disposiciones de Rómulo. Compasiva y generosa piedad de Numa. Ofrece un sacrificio á Céres y da libertad á sus cautivos. La diosa le envía desde el cielo el escudo Ancilo. Leonte sorprende de noche el campo romano, le incendia, le inunda de sangre, y derriba á Rómulo.

En tanto los marsos juntos en la selva sagrada de Marrubia, esperaban todavía la paz, pero se prevenian para la guerra. El senado de los ancianos, que gobierna á aquel pueblo libre, ha enviado ya á pedir socorro á sus aliados: ya está la juventud del país en armas; veinte mil esforzados guerreros con el arco ó la clava en la ma-

no, esperan con impaciencia la vuelta de los embajadores.

Bien presto se los ve llegar, bajas las cabezas y los semblantes melancólicos: se adelantan hasta ponerse en medio de la asamblea, y dicen: Preparad vuestras clavas, Rómulo ha elegido la flecha y se atreve á hablarnos de yugo. Estas palabras escitan un grito general de indignacion. Furiosas las tropas, piden se las deje marchar al instante mismo. Los ancianos reprimen aquel ardimiento; quieren dar lugar á que lleguen los socorros de sus aliados, y nombrar un general digno de hacer frente al rey de Roma.

Varios guerreros se presentan aspirando á este honroso cargo. Entre ellos se distinguia Aulon, descendiente de Caco, el cual en vez de espada ó lanza, manejaba una hacha enorme que ningun marso podia levantar. Penteo, tan diestro de una mano como de otra, que contaba entre sus abuelos al desgraciado Marsías, padre del pueblo marso. Liger, cuya velocidad escedia á los ciervos en la carrera; este no usaba otras armas que unos discos ó bolas de bronce armadas de hojas cortantes y aceradas, tan certero en arrojarlas que sus golpes eran siempre mortales. El último pretendiente era el amable Astor, cuyo inmenso escudo se fijaba en el suelo con tres puntas de que estaba armado, y desde este antemural de hierro el diestro Astor disparaba sus flechas, arte que le habia enseñado el dios de Délos. Estos orgullosos pretendientes se levantan y piden el mando. Los soldados que los estiman y aman igualmente, dan grandes voces, unos en favor de Liger y otros por Penteo. La caballería quiere

á Aulon y los arqueros se declaran por Astor.

Los cuatro héroes se miran de través; ya se ofenden de palabras; ya la cólera les brota por los ojos. Cada uno alaba su nacimiento y proezas, y desprecia las de los otros. La injuria y la discordia se apoderan de sus pechos; ya se amenazan, ya se retan. Astor ase una saeta, Penteo blanda su dardo, Liger voltea su disco y el feroz Aulon alza su hacha formidable.

Al instante se arroja entre ellos el prudente Sofanor, que era el mas viejo del senado. ¿Qué vais á hacer? Quereis, ya lo veo, dar la victoria á los romanos, privando á los marsos de sus mejores defensores. ¡Pues qué, el vano deseo de mandar apaga en vuestros corazones el sagrado amor de la patria! ¿Qué será de esta patria desgraciada si sus mas dignos hijos vuelven las armas contra ellos mismos! No creais que ningun interes particular me mueva: no me quejo de veros aspirar á un puesto que quizas mis servicios han merecido, y estaria bien con mis canas. No consiste la gloria en mandar á sus iguales: consiste, sí, en vencer á los enemigos. Cada gota de sangre vertida por causas privadas, es un grave hurto hecho á la patria. ¡Ah! si la sed de la sangre os devora, en tanto que llegan los romanos, volved contra mí vuestras armas. Harlo he vivido, pues veo mas conciudadanos pronto á degollarse unos á otros. Matadme pues, pero antes oid mis consejos. Vuestro valor es igual, vuestro nacimiento y hazañas respectivas ilustran tambien igualmente; estos dones del cielo son hoy la causa de vuestra discordia. Os falta un gefe; cada uno de vosotros merece serlo

Decida, pues, la fuerza del cuerpo lo que nunca se lograria por la igualdad del valor. Atese una cadena de hierro en lo mas alto de aquel álamo antiguo; el que agarrando la cadena rompa el árbol ó le haga doblarse hasta la tierra, será nuestro general.

Dijo, y el pueblo y las tropas aprobaron este arbitrio. Los pretendientes dejan sus armas y juran entre las manos de Sofanor que obedecerán al vencedor: al punto suben cuatro marsos á lo alto del árbol, atan fuertemente la cadena, y esta cae desde lo alto hasta tocar con el suelo.

Los ancianos se sientan para juzgar, y ya los clarines van á dar la señal, cuando se oye una voz y se ve acercarse un gallardo mancebo, de alta y majestuosa estatura, y de rostro noble y afable. Viene cubierto con una magnífica piel de leon, cuyas uñas de oro le cruzan el pecho; la cabeza del animal, con todos sus dientes y colmillos mas blancos que el marfil, le sirve de yelmo. Unos borceguíes cubren sus piernas, y su robusto brazo maneja, cual si fuera liviano junco, una pesada clava llena de nudos y puntas de hierro. Joven y hermoso como Apolo, altivo y grande como el dios de las batallas, camina con pasos ligeros hasta ponerse en medio del concurso. Allí se detiene, se apoya sobre la clava, y mirando con respeto á los ancianos les dirige estas razones.

En tanto que hé creído, prudentes senadores, que la ciencia y la práctica debian ser las calidades esenciales de un general, no me atreví á pretender un honor, del cual mis años me hacen poco digno. Hoy determinais que la fuerza sola

alcanse este supremo lugar, y me presento para disputarle. No puedo como mis nobles rivales envanecerme de mi nacimiento: marsos, ignoro quienes fueron mis abuelos; pero esta piel que veis, sirvió al grande Alcides y esta clava destrozó á la hidra lérnea: estos son mis títulos de nobleza; mi valor y mis fuerzas los derechos con que me presento á esta prueba. Los romanos juzgarán de aquel y vosotros de estas.

Así habló el magnánimo Leonte, y todos le respondieron con gritos de alegría. Echan suertes para el orden con que han de hacer la prueba, y sale el primero Penteo, luego Astor, Liger, Aulon y el último Leonte.

Dase la señal: el valeroso Penteo ase de la cadena y la tira fuertemente, pero no cede el tronco y apenas se agita la copa del árbol. Indignado Penteo hace los últimos esfuerzos, pero en vano, cubierto de sudor y lleno de rabia, suelta la cadena y va á ocultarse entre sus tropas.

Astor, el amable Astor se adelanta: el ardiente deseo de mandar le hace no acordarse de invocar á su maestro Apolo. Enojado el dios, abandona al ingrato discípulo, y el bello Astor pierde al punto la mitad de sus fuerzas. En vano se dobla tirando de la cadena, apenas se menean las ramas del robusto álamo.

Lleno de confianza y alegría se arroja Liger al árbol: toma con una mano la cadena y con la otra se afianza tambien de ella encima de su cabeza, y con todo su vigor da una sacudida espantosa: todas las ramas se chocan como azotadas de un recio viento; pero Liger rebentado del gran esfuerzo no puede repetirle. La copa y

ramas del árbol vuelven á quedar tranquilas, y Liger se retira mas despacio que habia venido.

Aulon se levanta y todos los ojos se fijan en él. Deja el escudo, se despoja de la coraza y se complace en enseñar sus fornidos hombros y nerviosos brazos, que levanta sobre su cabeza estirándolos. Da dos vueltas al rededor del árbol con una sonrisa feroz, y despues se arroja á él cojiendo la cadena con las dos manos lo mas alto que puede y se deja caer con todo su peso y vigor. Cede el álamo y dobla su copa, ya las gentes aplauden, pero el árbol se endereza con mas fuerza, y deja al terrible Aulon suspendido á la cadena, bamboleando á una y otra parte. Obligado á abandonar la empresa; se tira al suelo arrojando espumarajos de rabia; coje las armas con precipitacion y va á ponérselas detras de su carro.

Solo falta Leonte, se adelanta y en voz baja dirige sus votos á Hércules: ¡Oh hijo de Júpiter, le dice, acuérdate de la hospitalidad que te dió el abuelo de mi amada Camila; mírame desde el alto Olimpo, tu auxilio me llenará de fuerzas; vencedor ó vencido te ofrezco un sacrificio.

Apenas acaba su oracion siente en todos sus miembros un vigor extraordinario. Mete el pié derecho en el último eslabon de la cadena, la toma con las dos manos á la altura de su frente, y reuniendo así todas sus fuerzas, dobla la copa del árbol con mas lentitud, pero mucho mas cerca de tierra que Aulon. Luego que conoce esta ventaja, invoca de nuevo á Hércules y emplea todas sus fuerzas; rechina el árbol, se rompe,

cae á tierra con la cadena, y la inmensa copa le deja sepultado entre sus ramas.

Prorumpen el pueblo en voces de alabanzas, y el senado declara á Leonte vencedor. Este se levanta, se desembaraza con un ligero salto de aquel monton de ramos y hojas, y dice á los soldados: Compañeros, ya soy vuestro general. Habeis jurado obedecer á la fuerza, pero esta debe sujetarse á la sabiduría; os mandaré, pero será mi gefe Sofanor: este ha hecho mas campañas que todos nosotros hemos visto combates; su experiencia debe guiar nuestro juvenil ardor. Diciendo estas palabras se arroja delante de Sofanor y le jura obediencia.

Atónitos los marsos creen estar oyendo á un dios. Sofanor le abraza llorando de admiración. No, hijo mio, le dice, tú solo mereces ser nuestro caudillo. ¡Qué no harán los marsos guiados por un segundo Alcides! ¡Oh hijo mio! tú no has despreciado mi vejez, has honrado mis canas; los dioses te recompensarán con triunfos repetidos; desde ahora te los anuncio, y doy gracias á los inmortales que me han dejado todavia alguna sangre para verterla á tu lado y voz para publicar tus virtudes.

Padre mio, le responde el héroe, por tí solo me he presentado á la prueba; los dioses me han concedido la victoria para que triunfes. Sé pues nuestro caudillo, te lo pido y ruego: mas si mis súplicas no bastan, acuérdate que has jurado obedecerme. Te mando que me gobiernes.

Estas razones vencen la obstinacion del anciano; admite el mando, pero exige sea su compañero Leonte. Las tropas los aclaman juntamen-

te. Sofanor se presenta en breve cubierto de sus antiguas armas; su edad, su rostro venerable cubierto de una larga y blanca barba, inspiran el respeto, y su jóven colega infunde terror. Los dos de acuerdo disponen la marcha, y ya solo se espera la llegada de sus aliados.

Aparecen estos en breve. Los pelinios, los Amiternos, los pueblos de Frentania y Caracena bajan de los Apeninos y se unen á los marsos. Sofanor para dar la señal de la marcha, levanta en el aire el dragon, insignia que guia á los marsos en los combates.

A este tiempo un portentoso espantoso detiene y cubre de terror todo el ejército. Aparece en los aires una águila que tiene entre sus crueles garras un horrible dragon, el cual sangriento y respirando apenas, se enrosca, forceja y procura herir con su ponzoñosa lengua al ave del tonante. Todos los soldados esperan inmóviles el fin de aquella riña; pero en breve el águila victoriosa rompe con su acerado pico las verdes escamas de su enemigo, le arranca las entrañas y le deja caer sin vida en medio de los batallones marsos.

¡Que presagio para aquellos guerreros! Leonte que los ve cubiertos de un frio yelo, toma el primer arco que encuentra; fija la vista en el águila vencedora, y siguiéndola hasta las nubes le dispara una flecha y cae muerta á sus piés. De este modo, esclama, abatiré las águilas romanas; así vengaré los pueblos que pretenden avasallar. No temais, marsos, el mejor agüero es la justicia de nuestra causa. Peleais por la patria, Rómulo por la ambicion; id seguros de la asistencia de los dioses.

Estas razones y aun mas su accion, ahuyentan el temor de todos los corazones. Recobrados los marsos pueblan los aires con alegres gritos; todos se creen invencibles con Leonte, y las tropas contentas y llenas de esperanza, se adelantan a marchas redobladas.

Encuentran a los romanos en la vega de Lucencia, que acaba por la parte del Norte y Oriente en unos cerros, y por la del Occidente y Mediodia en unos montes. Rómulo habia puesto su campo a la falda de estos. Sofanor y Leonte se fortifican a la falda de los cerros, dejando entre ellos y los enemigos el rio Fucino.

Inmediatamente se adelanta Rómulo á la orilla de este a reconocer la situacion de los enemigos: examina el espacio que ocupan, lo compara con el suyo; mide con la vista la llanura, nota hasta la mata mas pequeña; hace sondear el rio, se asegura de que es vadeable; y cierto de todas estas observaciones vuelve á su tienda, junta los cabos del ejército y declara que al amanecer del dia siguiente intentara el paso del rio. Manifiestan todos gran sorpresa; pero Rómulo les aplica en breves razones el órden del ataque, el puesto que cada uno debe ocupar, el sitio a que se ha de procurar llamar al contrario; lo que se ha de hacer si se vence, y los recursos que ha dispuesto si los rechazan. Finalmente, les demuestra que todo lo ha previsto, ora venzan, ora sean vencidos.

Sus generales le admiran. Numa, trasportado de gozo no cabe en sí. ¡En fin, se decia, ya ha llegado el dia tan deseado! ¡Dia feliz en que mostraré que soy digno de amar á Hersilia! El

impaciente amante vuela al cuartel de los sabinos, recorre las tiendas, llama por su nombre á los gefes y soldados; les anuncia la batalla, los abraza y acaricia; cuenta suspirando las horas que se han de pasar hasta el combate, y su ciego ardor le hace murmurar contra Rómulo, porque no ha intentado el paso del rio aquella misma tarde.

En tanto que Numa se entrega enteramente al afecto que le domina, ve entrar en el campamento una partida que habia ido á sorprender un lugar: esta cruel comision habia sido fielmente ejecutada. Los romanos traian consigo una multitud de mugeres, niños y viejos afligidos; traian estos desventurados las manos atadas á la espalda, y caminaban con la cabeza baja y vertiendo amargo llanto. La madre, el hijo, el esposo, levantan uno sobre otro su tímida vista; no se atreven á hablar, y hacen vanos esfuerzos para juntarse y mezclar sus lágrimas. Los desapiadados soldados les vedan aun este triste alivio, apresuran el paso de los mas tardíos con amenazas, con el cuento de sus lanzas y á veces con el hierro que ensangrientan en sus carnes. Los inhumanos eran mas compasivos con las reses y ganados que traian con ellos; maltrataban á los viejos y mugeres, y cuidaban con esmero de los bueyes y ovejas que les habian quitado.

No pudo Numa ver con indiferencia aquel triste espectáculo; todo lo abandona y olvida para volar al socorro de aquellos infelices. Ya estaban delante de la tienda real, en donde mezclados con sus rebaños, esperaban la decision de su triste suerte. Numa se arroja á los piés de Rómulo: ¡Oh mi rey, le dice, mira, mira las atrocidades

que se cometen á la sombra de tu nombre, mira esos desdichados arrancados de sus hogares, cargados de cadenas y de ultrajes! ¿Qué han hecho? ¿cuál es su delito? Postremos en hora buena á los que nos resisten; corra la sangre en las peleas, la crueldad es allí inevitable: pero asaltar á unos desventurados que no se defienden; vencer mujeres y caducos, é insultarlos cuando están vencidos, es una villanía, una crueldad atroz que los dioses deben castigar. Hijo de un dios, á tí te toca hacer justicia; vuelve la libertad á estos cautivos, haz que se restituyan á sus casas y que les vuelvan.....

Compadezco tu ignorancia, responde Rómulo, interrumpiéndole. Esos esclavos, esos ganados no son míos, son de mis soldados, este es el premio de su valor, de su sangre y fatigas. Antes de ser humano con mis enemigos, es debido ser justo con los compañeros de mis glorias. Debo distribuir esa presa entre los cabos de mis tropas; á ellos toca despues disponer de su suerte y para que ninguno pueda quejarse, la suerte arreglará sus porciones respectivas.

Siendo así, responde Numa levantándose, yo como comandante de las legiones sabinas debo entrar á la parte.

Se conviene Rómulo. Manda traer la urna de las suertes, y se ven adelantarse todos los cabos para tener parte en el botin. Semejante á una trailla de valerosos perros, que en torno del ciervo que han rendido, no se atreven á cebar sus dientes en él, contenidos por la presencia de su amo, pero esperan la señal de hartarse, con el ojo ardiente y jadeando de fatiga y gozo.

Céres que no perdía de vista á Numa, y que desde el Olimpo aplaudía á su humanidad, dirigió las suertes, é hizo le tocarse la mayor parte.

Se apodera Numa de sus cautivos y rebaños, y camina con ellos hasta la selva que estaba inmediata al campo. Allí forma un altar con piedras y céspedes, le cubre de leña para consumir la víctima. Despues escoje una blanca becerra, derrama leche pura entre sus cuernos, la inmola y enterla la coloca en la pira: antes de arrimar el fuego dirige esta oracion á Céres: Hija de Júpiter, yo te ofrezco esta víctima; mas ¡oh desgraciado Numa, si pensara que la sangre de una ternera me habia de grangear tu amparo! No se logra tener á los dioses favorables con solo el humo de los sacrificios. Mas gratos les es un desdichado socorrido que un hecatombe. Recibe, pues, ¡oh Céres! una ofrenda mas digna de tí. Entonces se vuelve á sus cautivos: Amigos, les dice, os concedo la libertad, os han despojado de vuestros bienes, tomad á lo menos los que poseo; estos rebaños son vuestros, repartidlos entre vosotros, volved á vuestras casas y bendecid el nombre de Céres pues á ella debeis la libertad.

Dice, y aquellos infelices dudan si lo que oyen es un sueño: quedan inmóviles, juntas las manos y abierta la boca. Aun hablaba Numa, cuando una llama celestial baja sobre su cabeza, le rodea tres veces y despues prende fuego á la leña del altar. Al punto arde la víctima, la llama activa y resplandeciente sube hasta el cielo; se desprende de las nubes un rayo, y cae á los piés de Numa un escudo de oro. Al mismo tiempo se oye una voz fuerte como la de un ejército entero, que

dice: *El dueño de ese escudo será siempre invencible* Numa, los dioses te protejen: no es posible agradecerles y ser semejante á ellos, sino ejerciendo la humanidad. Cesa la voz y la víctima no es ya mas que un monton de cenizas. El olor divino que se siente en torno del altar, dice claramente que una deidad acaba de hablar á Numa.

Este jóven, postrado en el suelo, se levanta con el corazon lleno de aquella pura alegría que siempre resulta de una buena accion. Toma en sus manos y examina el celestial escudo: era todo de oro puro y hecho á la usanza de los tracios. En él estaban representados con admirable artificio todos los sucesos del reinado de Astrea, época feliz y mas apartada que otra alguna de la memoria de los hombres, tan propensos á olvidarse del bien. En un lado se veía un pueblo afligido de la hambre, recibiendo de otro pueblo la mitad de sus frutos: en otro, varios hermanos privándose cada cual de una porcion de la paterna herencia, para dar un campo al huérfano que han acogido: mas allá, se mira un padre de familia, que está segando sus panes, y con disimulo deja caer muchas espigas, para aumentar la corta ganancia de las espigaderas. Por todas partes el escudo divino representa acciones de virtud y beneficencia. Sin duda su inmortal artífice pensó que nunca necesitan mas los hombres tener presente estas virtudes, que cuando se hallan entre los horrores de la guerra.

En tanto que Numa admiraba gustoso aquel divino artefacto, los prisioneros que habia liberado formaban á sus piés un cuadro digno de colocarse en el celestial escudo. Postrados á sus

piés, estendidos los brazos hácia él, manifiestan con lágrimas y voces interrumpidas su gratitud y alegría. Las madres levantaban en alto á sus niños para que viesén á su libertador: unos le besaban los vestidos, otros le anunciaban las mayores felicidades. El mas anciano de todos se adelanta apoyado en un rústico cayado y le dice:

Los dioses te premien, ¡oh jóven virtuoso! por todo el bien que nos haces. Jamas fuimos enemigos de tu pueblo, somos unos pobres pastores, que viviendo en medio de ásperos riscos entre los marsos y hérnicos, hemos conservado nuestra independendencia á favor de la aspereza y pobreza de nuestras sierras. Así lo declaramos á los soldados de Rómulo, pero nos han tratado como á enemigos, aunque sabian que no lo éramos; ¡y tú, creyéndonos tales, nos tratas como á hermanos! Vive seguro de que los dioses te protegerán: puede que esperimenten tu virtud con reverses, pero no te dejarán oprimido al peso de la desgracia. Adios y acuérdate de los Reatos (que este es nuestro nombre): si algun dia vinieres á nuestras montañas, oirás á nuestros nietos bendecir el nombre de Numa.

Despues que habló así, el viejo fué á presidir al repartimiento que los reatos hicieron entre sí de los ganados y reses, y Numa se retira huyendo de su agradecimiento, llavando consigo el escudo de oro, y vuelve á los reales pensativo y turbado.

Sus pensamientos tenian por norte á Hersilia; su corazon lleno de esperanzas y alegría, se entregaba á todas las ilusiones del amor. A pesar suyo dirige los pasos á la tienda de la princesa.

Luego que ha llegado á la puerta, no se atreve á entrar: se detiene, suspira y teme. Aquel guerrero que lleva en su brazo un escudo que le hace invencible, aquel guerrero que penetraría facilmente en los reales enemigos, no tiene ánimo para levantar la cortinade púrpura que cierra la tienda de su amada.

Ya finalmente cobra valor y la levanta, no está Hersilia en la tienda. Con su ausencia, mas animoso Numa, entra y registra todo aquel asilo. Todo lo que mira le ofrece la imágen de Hersilia: ve sus armas, sus dardos, sus flechas, su lira, sus vestidos y la guedejuda piel de leon que le sirve de cama. Se queda inmovil, no se atreve á tocar nada de lo que ve y no puede separar la vista de aquellos dulces objetos. Una languidez general embarga sus sentidos, le faltan las fuerzas, se sienta en el mismo sitio en que Hersilia ha estado sentada; respira el mismo aire que ella ha respirado: estas ideas le arrebatan, su corazon se ofusca, respira con dificultad y un llanto ardiente inunda sus mejillas.

De repente oye mil gritos por todo el campo: las trompetas tocan al arma y se oye un ruido espantoso por la parte del cuartel de Rómulo. Hersilia, la misma Hersilia, turbada y sueltos los cabellos llega gritando: ¡A las armas! ¡a las armas, sabinos! Toma con precipitacion el yelmo y los dardos, y así desarmada, sin coraza ni escudo, quiere volver al combate: ¡Ah, princesa! le dice Numa deteniéndola, yo cuidaré de que los sabinos se armen, pero haz tú lo propio y toma este escudo, don precioso de una deidad: defendiéndote guardara mi propia vida. Dice y sin

aguardar respuesta, le deja el divino escudo y corre á juntar sus valerosas huestes.

Leonte ocasionaba esta alarma. Luego que se vió tan cerca de los romanos, formó el proyecto de asaltarlos el primero. No dudes, sabio Sofanor, habia dicho á su colega, que Rómulo nos atacará mañana: nuestra gloria pide que le ganemos por la mano. Luego que el lucero de la noche salga sobre el horizonte, tomaré tres mil hombres escojidos, pasaré el rio á nado y penetraré con el fuego y el hierro hasta la tienda de Rómulo, y si un éxito feliz corona mi empresa, tengo pensada otra mas importante.

Sofanor le abraza y aprueba su designio. Va con él á escojer los tres mil guerreros: los arman con espadas cortas, yelmos sin penachos y les mandan dar de negro á todos los escudos y corazas: Sofanor les pondera el honor de acompañar á su general en funcion tan importante. Luego que las tinieblas de la noche cubren la tierra, Leonte sale con ellos, sube una media legua contra la corriente del rio, le vadea, vuelve á poner en orden sus soldados, los anima, los escita é inflama sus pechos con el noble ardor y audacia del suyo. Apiñados estos guerreros, guardan el mayor silencio: ciertos de vencer con tal caudillo, se adelantan ligeramente hacia el campo de Rómulo.

Llegan á las guardias avanzadas y las pasan á cuchillo ántes que puedan defenderse: los demas puestos que encuentran tienen la misma suerte. De este modo llegan sin encontrar obstáculos hasta cerca de la tienda del rey de Roma: entonces prorumpen en horribles gritos, destrozando

cuanto encuentran, se acercan precedidos del estrago y la muerte hasta la tienda real.

En aquel instante, Rómulo estaba solo en ella, meditando el ataque del día siguiente. A las primeras voces, se levanta, escucha, y brama de cólera al conocer las voces de los vencedores. Furioso al verse sorprendido por unos barbaros, se pone el yelmo, abraza su escudo, y tomando dos picas, sale volando á echarse en medio de la refriega. Vuela, hiere y llama: su voz semejante al trueno, se oyó desde los dos extremos del campo. Sus guerreros acuden á ella: Horacio, Miseno, Bruto, Abas y otros hallan á su valiente rey resistiendo él solo á los enemigos. Ya su brazo fulminando habia hecho morder el polvo con las bascas mortales al esforzado Ofeltes, al valiente Aulastor, á Sofaris y á Corineo. El desgraciado Penteo compró con su vida el honor de haber herido á Rómulo. Su pica ha penetrado la coraza del rey y la de éste le partió el corazón. Aturdidos los marsos sienten que su ánimo decae, se contentan con defenderse, y rechazados por todas partes buscan y llaman á Leonte.

Este que se habia internado en las tiendas de Rómulo, vuelve á salir á este tiempo. En la una mano tiene su clava y en la otra varios haces de sarmientos encendidos: á su vista se detienen los romanos y los sayos dan gritos de alegría. El fiero Leonte se pone á su cabeza y arroja los sarmientos por todas las tiendas romanas: comunícase el fuego con rapidez; arden las fuertes lonas y estallan las maderas. Leonte que juzga muy lento el incendio, le aumenta con los golpes de su clava. Pasa y vuelve á pasar por

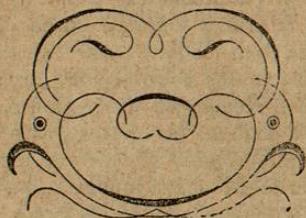
entre las llamas; mata á Másico, Abas, Tibur y Talasio; Miseno le detiene un instante, pero con un golpe deja su cuerpo desfigurado y sin alma. A cualquiera parte que se vuelva, lleva el incendio y la muerte. Así baja la ardiente lava desde las cumbres del Etna; corre en arroyos de fuego por los campos; arranca, consume y destruye las peñas, árboles y frutos que encuentra, cubriendo de estragos y ruinas cuanto llega á tocar.

Al ver Rómulo tantas muertes de los suyos empuña su fuerte pica, echa á las espaldas su inmenso escudo y corre por entre los muertos y heridos á oponerse á Leonte. Se le acerca y quiere hablarle, pero el furor le deja sin voz: le mira con ojos centeliantes, escoje el parage en que ha de herirle, y vibrando su pesada pica la despide con todas sus fuerzas contra Leonte. Es muy creible que no le hubiera preservado la piel del leon Nemeo de este golpe formidable, que hubiera dado fin en aquel instante á las hazañas del héroe; pero encontró la pica de Rómulo con la pesada clava funesta á tantos romanos, y penetrando por entre los nudos y puntas de que estaba guarnecida, se metió medio palmo en la madera y la arrancó de las manos de su dueño.

Desarmado Leonte, mira al rededor de sí, y ve una pesadísima piedra, que no habian podido sacar del campo y servia de límites á los labradores. Ase de ella, la arranca y levantándola encima de su cabeza, la despide contra su enemigo.

Cae Rómulo herido bajo de la piedra: sus

guerreros acuden á socorrerle y le salvan la vida; pero no puede sostenerse en pié: molido y quebrantado del golpe atroz, vomitando sangre, caída la cabeza, los brazos derramados, sin conocimiento y casi sin vida, le llevan á su tienda en el instante que Hersilia y Numa vienen á socorrerle con sus sabinos.



LIBRO QUINTO.

AEGUMRNTO.

Hersilia y Numa rechazan á los marsos. Retirada de Leonte. Rómulo fortifica su campo. Nuevas proezas de Leonte. Reunion de los marsos y samnitas. Junta Rómulo el consejo. Va Numa á apoderarse de los desfiladeros de los montes Trebianos. Halla en aquellas sierras un pueblo que le ama. Derrota de los marsos y samnitas en los desfiladeros. Desafio de Numa y Leonte. Magnánima modestia de Numa. Sabe que Tulio está espirando y lo abandona todo para ir á verle.

A la manera que un peñasco de formidable tamaño, desprendido de la cima de una montaña, rueda con estrépito hácia la llanura, y rodando aumenta su violencia, rompe, troncha, arrastra cuanto encuentra; las ninfas, los pastores asustados huyen con espanto; los ganados asombrados se precipitan en el valle, y el labrador sobrecojido del terror no se atreve á huir: pero en lo mas